

El Cazador de Gringos

Daniel Serrano

Personajes:

Heberto: Es un hombre de alrededor de 50 años, blanco, castaño claro, con poco pelo y un gran bigote. Aunque es mexicano, su pinta es de gringo. Esto es importante para la obra.

Clara: Su esposa, un año menor que él. Ha perdido la figura, y se ve mucho más vieja de lo que es. Su personalidad refleja a una mujer sencilla, conforme con la realidad que le tocó vivir.

Nico: Un poco menor que Heberto. Es un pordiosero.

Tony: Agente de la patrulla fronteriza, de origen latino. Es moreno, y sus facciones son muy mexicanas.

José: Anciano.

Remedios: Anciana, esposa de José.

La acción sucede en la azotea de la casa de Heberto y Clara, que está ubicada en la avenida Internacional de Tijuana, en la que sólo es necesario cruzar la calle, para toparnos con la línea divisoria entre México y los Estados Unidos.

Heberto ha colocado en la azotea una trinchera que copió de alguna película de Hollywood. La trinchera está equipada con múltiples objetos que le hacen la estancia más fácil.

En la parte de abajo de la casa, hay una porche. Es allí dónde estarán todo el tiempo José y Remedios.

Escena I.

Es de noche. La acción arranca con Heberto que asoma apenas la cabeza por la trinchera, saca un rifle calibre 22, apunta y simula que dispara, haciendo el ruido con la boca. Toma unos binoculares y ve por ellos el resultado de sus disparos. Sonríe. Entra Clara.

Clara.- ¿No vas a cenar?

Heberto.- (*Sin verla*) Parecía conejito.

Clara.- A lo mejor era.

Heberto.- Con ese tamaño tendría que haber sido liebre.

Clara.- O conejo de pascua.

Heberto.- O canguro.

Clara.- ¿Vas a cenar, pues?

Heberto.- A menos que hablen.

Clara.- ¿Te vas a esperar a que esos dos hablen? De seguro hablan todo el tiempo, pero tú no los oyes.

Heberto.- Los canguros o los conejos de Pascua.

Clara.- No te entiendo, Heberto.

Heberto.- Tú tienes un buen rato que no me entiendes.

Clara.- Como un año. Porque ya va a ser un año. Y no ha servido de mucho.

Heberto.- No exageres; además, no se ha vuelto a colar ninguno.

Clara.- Eso es lo que tú crees.

Heberto.- Por lo menos por aquí no.

Clara.- (*Incrédula y de mal humor*) Dime tú, ¿quién chingados se va a querer cruzar para acá, eh? Y menos un gringo de esos.

Heberto.- Seguramente ya saben que por lo menos por aquí no se puede.

Clara.- (*Burlona*) Seguramente ya saliste en las noticias.

Heberto.- Aunque te burles, dijo el Nico que salí.

Clara.- Y tú que le crees, pues. Entiende que el Nico no tiene televisión.

Heberto.- La ve en los aparadores de Elektra. Allí dice que salí, y si dice, pues salí.

Clara.- Ahora sí le crees, ¿verdad? Porque te conviene. Ese mentado Nico, siempre viene a ver que saca. Además ¿cuándo se ha visto que esos gringos necesiten brincarse pa'ca? Pasan como Pedro por su casa, así nada más. Nomás falta que nos bajemos los calzones...

Heberto.- Eso es lo que tú crees. Por la garita pasan los gringos normales, no los otros.

Clara.- ¿Cuáles otros, Heberto? ¡Estás loco! Además yo no conozco normales...

Heberto.- Es un decir. Hablo de los que quieren desestabilizar al país.

Clara.- Pues allá tú, porque si quisieran desestabilizar al país, como dices, no se iban a meter justamente por enfrente de la casa de Heberto Matías Palma.

Heberto.- Me han llegado informes...

Clara.- ¡Ándale! ¿Y quién te los trajo?, ¿El Nico?

Heberto.- Mira Clara, tú te burlas, pero cuando esos cabrones se vengan contra nosotros, me lo vas a agradecer, me vas a tratar como héroe, vas a estar tan orgullosa de mí, que apenas vas a creer que eres mi mujer.

Clara.- (*Escéptica*) Ah. (*Pausa*) ¿Vas a cenar, sí o no?

Heberto.- Todavía no.

Clara.- Pues allá tú. Ahí te calientas. Yo ya me voy a dormir, a ver si sueño con un héroe.

Clara se va metiendo a la casa.

Heberto.- Búrlate, no le hace.

Heberto saca sus binoculares y da otro vistazo. Después saca su "bitácora". Es un cuaderno viejo con un lápiz partido por la mitad y sin borrador. Empieza a escribir. Se detiene.

Heberto.- *(Hacia dentro)* ¡Clara!

Clara.- *(Desde dentro)* ¡La metí al horno!

Heberto.- ¿Qué día es hoy?

Clara.- *(Ídem)* ¡Ay, Heberto!, ¿yo qué voy a saber? Seis o siete.

Heberto.- ¿A quién metiste al horno?

Clara.- ¿Cómo que a quién? Al conejo de Pascua seguramente.

Heberto.- Ha de ser siete. En esos días suceden cosas trágicas. *(Escribe en su cuaderno. Murmura lo que escribe)* Septiembre 7...

Entra Clara.

Clara.- Heberto.

Heberto.- *(Sin verla)* ¿Qué?

Clara.- ¿Y cuándo mates a un gringo y te conviertas en héroe y toda la cosa, voy a ser tu mujer otra vez de veras, o así le sigo como esposa nomás?

Heberto voltea a ver a Clara. Se hace una breve pausa.

Heberto.- Ay, Clara...

Escena II

En el porche de la casa, están Remedios y José. Son dos ancianos sentados en sus poltronas.

Remedios.- No va a venir.

José.- (*Sin intención*) ¿A poco?

Remedios.- Ya para que te digo.

José.- Es lo que yo digo.

Remedios.- Yo pensé que el dolor del parto era el que más dolía.

José.- Como se nota que no tienes experiencia.

Remedios.- Tú tampoco, entonces.

José.- Nunca lo pensé.

Remedios.- ¿Qué?

José.- Que llegáramos a viejos, y sin experiencia.

Remedios.- ¿Te duele?

José.- Chingado...

Remedios.- A mí también.

José.- Lo mismo me dijiste anoche.

Remedios.- Y te lo voy a decir todas las noches.

José.- Ya sé...

Pausa.

Remedios.- ¿Te quieres ir?

José.- Sí.

Remedios.- ¿Pa dónde?

José.- No sé.

Remedios.- Ahí está.

José.- Si supiera ya me habría ido.

Remedios.- Que bueno.

José.- ¿Qué?

Remedios.- Que no sabes.

José.- Tú tampoco.

Remedios.- Que le hace.

José.- ¿No te quieres ir?

Remedios.- Sí.

José.- ¿Pa dónde?

Remedios.- Tú tampoco sabes.

José.- Pero estamos hablando de ti.

Remedios.- Luego que tú sepas.

José.- ¿Qué?

Remedios.- Me preocupo.

José.- Mmm.

Pausa.

Remedios.- ¿Vas a cenar?

José no contesta.

Escena III

Heberto sigue escribiendo en su bitácora. Entra Nico, es un indigente un poco más joven que Heberto. Este no se da cuenta de la llegada de Nico.

Nico.- ¿Vas a cenar?

Heberto.- ¡Me asustaste!

Nico.- Siempre es lo mismo contigo.

Heberto.- ¿Tú también vas a empezar con eso?

Nico.- Vengo todas las noches y me sales con lo mismo. ¿Qué vas a hacer el día que no venga?

Heberto.- No sé. No tengo tiempo para pensar en eso.

Nico.- Entonces sí que te vas a asustar.

Heberto.- A lo mejor pienso que te moriste.

Nico.- ¿Me morí?

Heberto.- El día que no vengas.

Nico.- ¿Y quién te dice?

Heberto.- ¿Cuántas veces has visto que un muerto llegue?

Nico.- ¿Y qué tal que un día me enfado y no vengo?

Heberto.- Te pareces a Clara.

Nico.- Ni modo que vengan a avisarte. No tengo amigos... ¿Vas a cenar?

Heberto.- Agarras un tonito como el de ella.

Nico.- A lo mejor cuando ya no salgas a cazar gringos, pues ya no vengo.

Heberto.- Como se nota que no sabes del asunto.

Nico.- ¿Cuál asunto?

Heberto.- De las guerras, de la soberanía. De lo que significa servir a la patria.

Ya ves al bato ese del sureste, lleva años en pie de guerra, y así seguirá.

Nico.- Hasta que se muera.

Heberto.- (*Contundente*) ¡Y después!

Nico.- ¡Ah jijo! ¿Y cómo le va a hacer?

Heberto.- Los ideales nunca mueren. ¿Tú que vas a saber de eso?

Nico.- Yo sí se de la soberanía y de la revolución.

Heberto.- (*Incrédulo*) ¿A poco?

Nico.- La revolución me ha quitado el hambre.

Heberto.- Pues no ha de ser muy buena esa mentada revolución, porque siempre que te veo tienes hambre.

Nico.- ¡Ya! Tú lo que quieres es confundirme.

Heberto.- No te entiendo, más bien.

Nico.- Pinchi Heberto. Ni que estuviera tan revuelto el asunto.

Heberto.- Explícame, pues. A ver si no está revuelto el asunto.

Nico.- Fácil. Tú con tu pedo este de la guerra, o de la revolución, o como quieras...

Heberto.- (*Interrumpe*) ¿Ya ves? No entiendes ni madre. Esto no es una revolución. La guerra y la revolución son cosas bien distintas. Lo mío es una guerra.

Nico.- ¿Y cuál es la diferencia?

Heberto.- Pues que la guerra se hace para salvar la soberanía de un pueblo. Y la revolución es para salvar los ideales...

Nico.- (*Interrumpe*) ¿De quién?

Heberto.- Pues también, de un pueblo.

Nico.- No sé para qué tanto rollo, sigue siendo la misma cosa.

Heberto.- ¡Que no! Si haces la guerra es para defender los ideales de la soberanía.

Nico.- Explícame, pues.

Heberto.- ¡Eso es lo que estoy haciendo! (*Breve pausa*) Las soberanías tienen los ideales en su lugar, las revoluciones no. ¡Esa es la diferencia!

Nico.- (*Seco*) Ah... (*Pausa*) ¿Vas a cenar?

Heberto.- Dice Clara que estoy más flaco. ¿Tú cómo la ves?

Nico.- ¿A Clara?

Heberto.- Que si sigo así, un día de estos me voy a desmayar.

Nico.- Yo la veo repuestita.

Heberto.- No creas que no me preocupa.

Nico.- Pues haces bien.

Heberto.- Ya le he explicado de muchas maneras que no se mortifique. Pero ella insiste en que si no como, no voy a poder seguir sirviendo a mi país.

Nico.- Puede que tenga razón.

Heberto.- (*Voltea a ver a Nico, sorprendido*) ¿Tú crees?

Nico.- Puede que no. Eso no lo podemos saber hasta que acabes.

Heberto.- Esto no se va a acabar nunca.

Nico.- Imagínate que pudiéramos saber en qué va a acabar todo esto.

Heberto.- (*Se queda pensando por un momento*) Creo que voy a cenar.

Nico se da cuenta de que está a punto de perder su cena.

Heberto.- ¿Te puedo dejar encargado un momentito la misión?

Nico.- (*Viendo hacia el frente*) No te lo recomiendo.

Heberto.- No me tardo.

Nico.- Es que no veo.

Heberto.- ¿Tú también?

Nico.- ¿Tampoco ves?

Heberto.- No entiendes nada. Te quiero sacar de esa mugre en la que vives, y parece que no te interesa.

Nico.- Pues la verdad, no.

Heberto.- Ya se lo decía yo a Clara, este Nico nomás no. Voy a tener que buscar otro.

Nico.- No, no, no. (*Pausa*) ¿Otro qué?

Heberto.- Otro aliado. Como que tú no tienes experiencia en gringos. Y se me hace que ni te interesa.

Nico.- Tengo más experiencia de la que tú crees.

Heberto.- (*Escéptico*) ¿De veras?

Nico.- ¿Por qué crees que estoy aquí?

Heberto.- ¿Por qué?

Nico.- Por eso, por culpa de un gringo.

Heberto.- (*Se interesa*) ¿De veras?

Nico.- No sé si contarte.

Heberto.- Ándale, que tiene.

Nico.- Si te cuento, a lo mejor mi vida corre peligro.

Heberto.- ¿Cuál vida?, Nico. Eso que tú vives no es vida.

Nico.- ¿Cenamos?

Heberto.- ¡Ya!

Nico.- Nomás porque eres mi mejor amigo.

Heberto.- Aunque sea por eso.

Nico.- En realidad yo vivo así por necesidad.

Heberto.- Eso sí. Necesidad tienes mucha.

Nico.- Y por eso vivo aquí, cerca de ti.

Heberto.- ¿Yo que tengo que ver?

Nico.- Los gringos no son idiotas. Saben que en esta parte no se pueden meter.

Heberto.- (*Entusiasmado*) ¿Tú crees?

Nico.- Estoy seguro. Te tienen miedo.

Heberto.- Y eso que no saben de lo que soy capaz.

Nico.- Sí saben, Heberto. A ellos les da mucho por la psicología. (*Pausa*) Aquí no me van a encontrar.

Heberto.- ¿Te andan buscando?

Nico.- ¡Claro!

Heberto.- ¿De veras? ¡Mira que cosa! Yo los busco a ellos y ellos te buscan a ti.

Nico.- Por eso tú eres mi amigo de a de veras. El único. Porque tú odias a los que me odian.

Heberto.- (*Un poco impaciente*) Explícate, pues.

Nico.- Yo... maté a uno.

En ese momento entra Clara.

Clara.- Ya llegó el que andaba ausente.

Heberto.- ¿Por qué siempre que se va a poner interesante, entra alguien a interrumpir?

Nico.- Buenas noches, Clarita.

Heberto.- ¿Qué no estabas dormida?

Clara.- No puedo.

Heberto.- Clara. Llegaste en un momento...

Clara.- Más bien ustedes no me dejan dormir. ¿Vas a cenar?

Heberto.- Que no. Ahorita no puedo despegarme.

Nico.- Si quiere se la puede traer.

Clara.- Eso nomás me faltaba.

Nico.- Si quiere me voy.

Clara.- Sí.

Heberto.- No. (*Imperativo*) Clara, déjanos solos.

Nico.- Por mí ni se molesten.

Heberto.- (*A Nico*) Ella no entiende.

Clara.- ¡Ah que la fregada, ahora resulta!

Heberto.- Nico estaba a punto de contarme algo *fundamental* para la revolución y tú...

Nico.- (*Lo corrige*) La guerra.

Heberto.- ¡La guerra pues! Así que...

Nico.- (*Interrumpe*) Es tu señora esposa, Heberto.

Heberto.- (*Irónico*) ¿A poco? ¡Ya sé!

Nico.- Luego entonces ella puede oír lo que te voy a contar (*A Clara*) Apreciable y respetada señora, le ruego que se quede. Tome asiento por favor.

Se hace una pausa, en la que Clara ve a Heberto y a Nico, sorprendida.

Clara.- ¡Ah chinga...! Ora resulta. No gracias. Para oír pendejadas, mejor me meto.

Clara sale de escena.

Nico.- (*Desesperado*) ¿No vas a cenar?

Heberto.- ¡Cómo me gustaría que Clara fuera una Adelita hecha y derecha!

Nico.- Se nota que te quiere mucho.

Heberto.- Mentira. Si así fuera se interesaría por mis cosas.

Nico.- Pues yo la noté muy interesada. Es una joya tu señora esposa.

Heberto.- ¡Déjate de pendejadas!

Se hace una pausa. Heberto toma sus binoculares y observa por ellos el otro lado de la línea. Nico voltea hacia dentro de la casa, con un leve suspiro.

Heberto.- ¡Estos cabrones ya se fueron! ¿Ya ves? Sólo sale para distraerme.

Heberto ve su reloj, y hace algunas anotaciones en su "bitácora".

Heberto.- ¿A quién mataste?

Nico.- (*Viendo hacia dentro*) ¡Qué cosa tan fea!

Heberto.- Depende, ¿no?

Nico.- Heberto. Esa obsesión que tienes por los gringos, no te deja.

Heberto.- ¿No me deja qué?

Nico.- Ver...

Heberto.- ¿Y ahora qué te picó?

Nico.- Los ojos de amor de Clara.

Heberto.- Valiente aliado...

Nico.- ¿Sabes que yo conocí a Clara antes?

Heberto.- (*Sin hacerle mucho caso. Ve al frente*) ¿A poco?

Nico.- ¿De dónde me dijiste que era?

Heberto.- Ah, si te digo, me vas a decir que...

Nico.- No, ya en serio...

Heberto.- De Tubutama.

Nico.- ¡Allí fue!

Heberto.- Te dije.

Nico.- Con razón. Ella traía un rosa pálido.

Heberto.- ¿Qué?

Nico.- Tenía uno, ¿no?

Heberto.- ¿Un qué?

Nico.- ¿Pues que va a ser? Un vestido.

Heberto.- ¿Cómo voy a saberlo?

Nico.- ¿En qué año fue?

Heberto.- ¿Qué?

Nico.- Cuando la conociste.

Heberto.- Por allí en el setenta y cuatro, o setenta y cinco a más tardar.

Nico.- (*Eufórico*) ¡Sí era ella!

Heberto.- ¿Qué andabas haciendo tú en Tubutama?

Nico.- Trabajando.

Heberto.- ¿Tú?

Nico.- Era agente de ventas.

Heberto.- ¡Je! Agente de ventas... ¿Y exactamente qué chingados hacen los agentes de venta?

Nico.- Pues promueven productos.

Heberto.- Pues ha de haber habido un chingo de productos, porque había muchos agentitos de esos.

Nico.- 20 años tenía, Heberto. Clara, cuando mucho ha de haber tenido 15.

Heberto.- Ha de haber sido otra.

Nico.- Pues a lo mejor, pero yo estoy seguro de que es ella.

Heberto.- ¿Y por qué estás tan seguro?

Nico.- Por los ojos.

Heberto.- ¡Je! Ahora resulta...

Nico.- La ventana del alma.

Heberto ve con curiosidad a Nico.

Heberto.- Poeta y toda la cosa.

Nico.- Esos ojos no se me van a olvidar.

Heberto.- Pues que se te vayan olvidando, cabrón, no vaya a ser que me sobre una bala...

Nico.- Con esos niveles de desconfianza, ¿pues cómo?

Heberto.- ¿Y cómo chingados no quieres que te tenga desconfianza? Tienes toda la noche queriéndote comer mi cena. Y luego que los ojos de Clara, y que

el rosa pálido. Como que eso pasó hace como treinta años, ¿no? Como que ya te debería de valer madre.

Nico.- Uta. Pero no te encabrones. Si quieres me voy...

Heberto.- Pues vete. Total, nomás me estás distrayendo.

Contrario a lo que pareciera, Nico se queda sentado.

Heberto.- Pinchis gringos hijos de la chingada.

Nico.- Hey.

Pausa.

Nico.- Revolución es cuando se agarran en el mismo país.

Pausa.

Nico.- Guerra es cuando es contra otro país.

Pausa.

Heberto.- ¿Me vas a decir, pues?

Nico.- *(Nico no lo ve, como si estuviera ofendido)* ¿Qué?

Heberto.- Lo del difunto.

Nico.- ¿Cuál, eh?

Heberto.- ¿Qué tienes muchos, o qué?

Nico.- La mera verdad no. Nomás uno.

Heberto.- ¿Y luego?

Nico.- Pa que veas que no te guardo rencor.

Heberto.- ¡Ya! Déjate de pendejadas...

Nico.- Yo ya me venía para acá, y se me atravesó, y pues me tuve que regresar porque me estaban esperando aquí en la línea. "Aquí estoy", me dijo muy

macho, “para que no me andes buscando”. “No me busques”, le dije yo. “Ella escogió”, me respondió el muy cabrón.

Heberto.- Y tú le dijiste que ni madre, que él se había pasado de lanza.

Nico.- ¡Ándale!

Heberto.- Y el bato dijo que a ella le gustaban los hombres, por eso ella se había quedado con él.

Nico.- ¡Exacto!

Heberto.- Y el muy cabrón te dijo que no te preocuparas, que la iba a ser muy feliz. Y fue allí donde no aguantaste.

Nico voltea a ver a Heberto, sorprendido.

Nico.- ¿Dónde estabas?

Heberto.- ¿Cuándo?

Nico.- Pues cuando lo maté. ¿Lo conocías?

Heberto.- (*Sonríe levemente*) Todos dicen lo mismo.

Pausa. Nico lo observa. Heberto ve al frente.

Nico.- (*Gritando*) ¡Pues no!

Heberto.- (*Sin verlo*) ¿No qué?

Nico.- ¡No dijo eso!

Heberto.- ¿Ah no? ¿Y entonces?

Nico.- Dijo: “Don’t worry, brother. She to be happy in my arms”

Entra Clara.

Clara.- ¿Por qué gritas? Nico, ¿ya viste la hora?

Nico.- ¿Pues dónde la voy a ver, Clarita?

Pausa. Heberto que está apuntando con su rifle hacia el otro lado de la frontera, voltea con la pura cabeza a ver a Nico. Tiene el ceño fruncido. Nico se da cuenta de esto.

Nico.- ¿Qué hora es?

Clara.- Hora de irte, a lo mejor.

Nico.- Si ya me iba. Nomás estaba acompañando a Heberto... para que no se duerma.

Clara.- A dormir se debería de meter.

Heberto.- (*Enojado*) ¡Clara!

Clara.- (*Extrañada*) ¿Qué traes tú?

Heberto.- ¿Qué es eso de andar de cusca?

Clara.- ¿De andar de qué?

Nico.- Espérate, Heberto.

Heberto.- Con los agentes de venta, con el rosa pálido.

Clara.- ¡Uta madre! Ya te afectó está pendejada de la cacería.

Heberto.- Ya me contó este, ¿pues qué te crees?

Nico.- ¡Espérate, hombre!

Clara.- ¿Qué te contó?

Heberto.- ¡No te hagas la mensa!

Clara.- ¡El hocico te voy a...!

Heberto.- (*Interrumpe*) ¡Lo de Tubutama!

Clara.- (*Sorprendida*) ¿Tubutama?

Nico.- Yo ya me voy...

Heberto.- *(Le apunta con el rifle)* ¡Tú no vas a ninguna parte!

Clara.- Están locos los dos.

Clara empieza a hacer mutis.

Heberto.- *(A Clara)* ¡Tú tampoco vas a ninguna parte!

Clara que está de espaldas a Heberto, se para en seco. Y lentamente se da la vuelta, transformada. Nico se queda pasmado, viendo la escena.

Clara.- *(Se acerca a Heberto, enfurecida)* ¿Qué dijiste, loco cabrón?

Heberto.- *(Ya no tan autoritario)* Que tú te quedas...

Clara.- ¡Nomás eso me faltaba! ¡Que un cabrón paranoico como tú me ande preguntando qué hice hace treinta años! *(Clara lo empieza a golpear. Heberto suelta el rifle para cubrirse con los brazos)* Como si te interesara. Si no te interesa lo que hice hace diez minutos, menos te importa lo que hice en Tubutama!

Heberto.- ¡Pérate bárbara!

Clara.- ¡Y ahorita mismo te metes y te cenas lo que te hice, que no voy a estar tirando la comida!

Clara lo va metiendo a golpes.

Clara.- ¡Con estas pendejadas, ahí andas todo apendejado en el trabajo! ¡Órale, vas para dentro!

Heberto.- ¡O que la...!

Clara.- ¡Y calladito!

Clara le sigue tupiendo a Heberto. Estos se meten. Nico los observa, sorprendido.

Escena IV.

José y Remedios. En las mismas poltronas. José saca un cigarro Delicados.

Remedios.- *(Sin voltear a verlo)* Te va a dar tos.

José.- Bueno.

Remedios.- Te vas a morir.

José.- No le hace.

Remedios.- Bueno.

José.- Tú también.

Remedios.- No le hace.

José.- Mejor.

Pausa.

Remedios.- ¿Cuántos te habrás fumado?

José.- Uhh.

Remedios.- ¿Te acuerdas del primero?

José.- ¿Te lo cuento?

Remedios.- Sí.

José.- ¿Otra vez?

Remedios.- Sí.

José.- ¿No te aburres?

Remedios.- Sí.

José.- Ha de ver sido como en marzo o abril. Por allí por Semana Mayor. Mi apá fumaba de estos. *(Da una bocanada de humo)* Y mi amá le decía que le iba a dar tos.

Remedios.- Y que se iba a morir.

José.- No. Eso no le decía. Porque en ese tiempo la gente no se moría por fumar, como ahora.

Remedios.- Pero se moría por otras cosas.

José.- Cosas muy feas.

Remedios.- ¡Ándale!

José.- El caso es que mi apá se fue ese día y yo corrí en cuanto se fue a ver si veía algo.

Remedios.- A la Elena.

José.- ¿Ya sabías?

Remedios.- Sí.

José.- ¿Entonces? ¿Te lo cuento?

Remedios.- Sí.

José.- Y que corro para verla aunque sea de lejos, cuando lavaba en el patio de atrás de su casa. Ese día se me hizo tarde, porque mi apá se fue tarde, y pues no quería que yo me fuera a ver a la Elena, que porque le caía gorda su amá, y su apá. Y que corro entre los sahuaros. Había un choyal en el que yo me escondía. Me caí... No te rías... Me caí por las prisas. Terminé todo enchoyado.

Remedios.- Pobre de ti.

José.- Ni me dolió. Lo que me dolió fue el Cochi.

Remedios.- ¿Cuál Cochi?

José.- Que no te conté, pues...

Remedios.- Sí.

José.- El Cochi era un primo mío. Más grande que yo. Como de la edad de la Elena.

Remedios.- ¿Ya se moriría?, tú.

José.- ¿El Cochi? Yo creo que ya. Me llevaba como diez años.

Remedios.- ¿Y la Elena?

José.- También. Han de ver sido como cinco años. No tanto. El Cochi estaba bien cerdo.

Remedios.- ¿A poco?

José.- Y llega, y le da algo a Elena. Y ella se pone roja, y se para de puntitas y le da un beso.

Remedios.- ¿Y las choyas?

José.- Me dieron ganas de guacarear.

Remedios.- Pues guacarea...

José.- Entonces. Desde entonces no me gusta. Me da asco.

Remedios.- ¿Qué?

José.- ¿Eh?

Remedios.- Guacarear... Te da asco.

José.- Desde entonces. Corrí como desesperado, cuando vi que el Cochi le daba un beso a Elena. Ya ni siquiera supe.

Remedios.- ¿Qué?

José.- ¿Te acuerdas?

Remedios.- Sí.

José.- Ni siquiera supe cuánto duró.

Remedios.- Mejor, ¿no?

José.- No sé. A lo mejor la Elena le dio una cachetada.

Remedios.- ¿Tú crees?

José.- A lo mejor... Después del beso.

Remedios.- Ah. (*Pausa*) ¿Y por eso se casó con ella?

José.- Sabe.

Pausa.

José.- ¿Por qué quieres que te platique lo que ya te he platicado muchas veces?

Remedios.- Sabe.

Pausa.

Remedios.- A lo mejor cuando me dejes de contar, es porque ya estás muerto.

José.- O porque volví a nacer.

Escena V.

Es el amanecer. Nico está dormido en la trinchera de Heberto, abrazado del rifle.

Heberto entra sigilosamente. Se echa a un lado de Nico.

Heberto.- (*Susurrando*) ¡Nico! (*Lo mueve*) ¡Nico!

Nico.- ¡Eh!

Heberto.- ¡Despierta!

Nico.- ¿Qué traes?

Heberto.- Que te dejo cuidando y te quedas dormido.

Nico.- El hambre...

Heberto.- ¿Qué tiene que ver?

Nico.- Me dio sueño.

Heberto.- Es al revés... Imagínate que te hubiera dado algo de cenar. (*Saca un plátano y se lo da*) Entonces sí, puede dejarse venir todo el gringuerío, y tú ni en cuenta.

Nico.- (*Devorándose el plátano*) ¿Y qué?

Heberto.- (*Poniéndose los binoculares*) ¿De qué?

Nico.- ¿No vas a ir a trabajar?

Heberto.- Hoy es el día.

Nico.- ¿Qué día?

Heberto.- Hoy van a atacar. Estoy seguro. Es un día cabalístico.

Nico.- ¿Martes trece?

Heberto.- ¡No, esas son pendejadas! Diciembre trece.

Nico.- Porque no en doce; ni que fueran guadalupanos...

Heberto.- ¡Tú que sabes de eso!

Nico.- (*Alzando un poco la voz, en mala leche*) ¿Y Clara ya lo sabe?

Heberto.- (*En susurro*) ¡Cállate! (*Ve por los binoculares*) ¡Míralos, allí están!

Nico.- (*Despreocupado*) ¿Dónde?

Heberto.- Al pie del cerro, ¿no los ves?

Nico.- Siempre han estado allí.

Heberto.- ¿Entonces, para que preguntas?

Pausa.

Nico.- Oye, ¿y el diciembre trece, dónde tiene lo cabalístico?

Heberto.- En la suma de los números.

Nico.- (*Hace la cuenta mentalmente, o con los dedos*) Me da veinticinco.

Heberto.- Si sumas los números solos, da siete. Uno más dos más uno más tres.

Nico.- O dos más cinco, también da siete.

Heberto.- ¿De dónde sacaste el cinco?

Nico.- Del veinticinco. Y el dos también.

Heberto.- (*Con cara de gran revelación*) ¿Ya ves? ¡Tenía razón!

Clara.- (*Desde adentro*) ¡Nico!

Nico.- ¡Aguas!

Heberto se esconde.

Clara.- (*Entrando*) ¿Todavía sigues aquí?

Nico.- Estoy ayudando...

Clara.- Pues mucho ayuda el que no estorba.

Nico.- Si quiere me voy.

Clara.- (*Apresurada*) ¡No!

Nico.- (*Sorprendido*) ¿No?

Clara.- Sí quiero que te vayas, pero primero me tienes que decir algo.

Nico.- De veras, ya me voy.

Clara.- ¿De dónde sacó todas esas pendejadas el Heberto, eh?

Nico.- Yo no sé. Cuando llegué ya traía ese rencorcito contra los gringos.

Clara.- ¡No hablo de eso!

Nico.- ¿Entonces?

Clara.- De lo de Tubutama, y el rosa pálido. Y esos reclamitos tontos. Luego lo tengo que regañar, y pues no me gusta.

Nico.- Menos mal...

Clara.- No estés payaseando, ¿eh Nico?

Nico.- ¿De veras no te acuerdas?

Clara.- ¿De qué?

Nico.- Tú eras la más grandota de todas. Ni uno te llegaba a los ojos. La más distinguida, la más... como te diré... la más...

Clara.- (*Desconfiada*) ¿Tú conoces Tubutama?

Nico.- (*Con subtexto de "por supuesto"*) ¡Oooohhh!

Clara.- ¿De veras?

Nico.- Tiene una iglesia grande, y luego la plaza. Pero lo que más me gustaba de Tubutama, son los amaneceres.

Clara.- ¿Ah sí?

Nico.- Parecía que el cielo se estaba incendiado. Que los angelitos corrían de un lado para otro para no quemarse las plantas de los pies.

Clara.- ¡N'ombre, si ya me lo había dicho Heberto!

Nico.- Las once mil vírgenes corrían a esconderse para esperar el rayo de luz de las siete de la mañana. Y se metían debajo de ese rayo, como si fuera una cascada que apagara sus furores... Luego el preludio del día, o el epílogo de ese momento tan íntimo.

Clara.- ¿Qué quieres, Nico?

Nico.- Recordar, señora mía. Tubutama y el paraíso son la misma cosa.

Clara.- (*Con una sonrisa irónica en la cara*) Ha de ser... (*Metiéndose a la casa*)
¡Heberto!... ¡Heberto!

Nico.- (*Camina hacia la puerta de la casa*) Señora... Fina dama...

Heberto sale de su escondite. Nico está de espaldas. Heberto le pone la escopeta en la cabeza.

Heberto.- ¿Señora tuya?

Nico.- (*Intentando voltearse*) ¿Qué?

Heberto.- ¿Fina dama?

Nico.- Es un decir...

Heberto.- ¿Ah sí?

Nico.- Es una atención.

Heberto.- Esto que te puse en la nuca también es una atención.

Nico.- No es para tanto.

Heberto.- ¿Qué chingados quieres? Nico.

Nico.- ¿Quieres saber la verdad?

En ese momento entra Clara.

Clara.- ¡Heberto! (*Se da cuenta de que tiene encañonado a Nico*) ¿Qué tienes, loco jodido? ¡Vas a matar a un cristiano, con esa cosa!

Heberto.- (*Separándose de Nico y de Clara*) Ya, ya, ya. No pasa nada, estamos jugando.

Clara.- ¡Pues con eso no se juega! Un día te la voy a tirar, verás. ¡Guarda eso, ándale, que tienes visita!

Heberto.- ¿Visita? ¿Quién es?

Clara.- Es Toño.

Nico.- ¿Qué Toño?

Clara.- ¿Y a ti quién te habló? Metiche.

Heberto.- ¿Qué Toño, Clara?

Clara.- *(Con una sonrisa irónica)* Pues Antonio, ¿Quién más? El hermano de Chepina.

Nico.- ¡Ándale!

Heberto.- ¿El que andaba pa'allá?

Clara.- Ese.

Heberto.- ¡No estoy!

Clara.- Ya lo pasé. Así que no te tardes.

Clara se mete aguantándose la risa.

Heberto.- Algo se trae.

Nico.- ¿Tú crees?

Heberto.- Es que ese bato andaba en la guerra.

Nico.- Pues ve a ver.

Heberto.- ¡Quédate aquí! Agarra la escopeta, y escóndete bien. Ahorita vengo.

Heberto se mete a la casa. Nico va por la escopeta. Es evidente que no sabe manejarla. La toma con mucho cuidado. Después va a esconderse. Escoge un lugar, pero luego cambia de opinión. Busca otro, hasta que por fin se esconde en uno. Casi inmediatamente entra Heberto. Va como alma que lleva el diablo.

Heberto.- ¡Nicolás! ¿Dónde estás? ¡Sal, chingado!

Nico apenas asoma la cabeza. Heberto lo ve. Va hacia él.

Heberto.- Ahora sí la chingamos. *(Llega hasta Nico y le arrebató la escopeta)*

Dame eso. ¡Y cúbrete, porque esto ya explotó!

Heberto apunta hacia la puerta de la casa. Aparece Clara.

Clara.- ¡Heberto! Baja eso.

Heberto.- ¿Estás loca, o qué?

Clara.- ¡Es Toño, no te va a hacer nada!

Heberto.- Ese cabrón no es Toño.

Tony.- (*En off*) Soy yo, Hebert.

Nico.- ¡Hebert!, en la madre.

Clara.- ¿Qué, vas a dispararme, o qué?

Tony.- (*Medio se asoma detrás de Clara*) Sólo vengo a conversar.

Heberto.- Tú y yo no tenemos nada de que hablar.

Nico.- ¿Quién es, tú?

Clara.- ¡Heberto, baja esa escopeta, si no quieres que te la quite y te dé con ella en la cabezota!

Nico.- Uchhh. Eso duele...

Clara.- ¡Bájala, te digo!

Heberto.- No seas tonta, es una trampa...

Clara.- (*Interrumpe*) Que trampa ni que tus narices, o la bajas o vas a ver.

Tony.- Hebert... Baja el arma.

Heberto.- (*Apuntándole a Tony*) No te muevas, desgraciado...

Clara.- (*Acercándose a Heberto*) ¡Te lo dije, loco jodido! (*Lo golpea y baja el arma*) ¡Eres un animal bien hecho! ¡Mira que andar con estas pendejadas!

A Heberto se le cae el arma. La toma Clara. Le apunta a su marido.

Heberto.- ¿Qué estás haciendo?

Clara.- ¡Lo que debí de haber hecho hace mucho tiempo!

Tony.- Misis...

Nico.- ¡Señora de mi corazón!

Heberto.- ¡Traidora!

Clara.- ¡Pendejo!

Heberto.- (*Abriendo los brazos*) ¡Mátame pues!

Clara.- ¡Dos veces, tres veces...!

Heberto.- ¡Cuatro, cinco...!

Clara.- ¡Diez veces pendejo!

El grito de Clara es tan alto, que todos se paralizan. Clara está enfurecida. Les apunta alternativamente a todos. Se tranquiliza. Da un gran suspiro.

Clara.- Yo ya me voy...

Clara se va, decepcionada. Se lleva la escopeta. Silencio. Los tres personajes se quedan viendo.

Heberto.- ¿Qué?

Nico.- Mira lo que hiciste.

Tony.- No tenías derecho...

Heberto.- (*Haciendo un berrinche monumental*) ¡Cállate pinchi gringo de mierda!

Nico.- (*Por lo bajo, como queriendo callarlo*) Heberto...

Heberto.- (*Yéndose contra Tony*) ¡Aaaaaaaaahhhhh!

Tony y Heberto tienen una pequeña pelea, que por supuesto domina el primero.

Mientras esto sucede, Nico entra a la casa. Tony termina de someter a Heberto.

Este queda en el piso de espaldas, con aquel arriba de él.

Nico vuelve a entrar a escena, con la escopeta en la mano. Se la pone en la nuca a Tony.

Nico.- ¡Déjalo!

Los tres personajes se congelan.

Escena VI

José y Remedios en la misma posición.

José.- Soñé con él.

Remedios.- Que raro.

José.- ¿Por qué?

Remedios.- Porque nunca sueñas.

José.- Así es.

Remedios.- Yo ya no quisiera.

José.- Pues no sueñes.

Remedios.- ¿Se podrá?

José.- Sabe.

Remedios.- Deberíamos de saber.

José.- Pero no sabemos.

Remedios.- Por eso. Deberíamos.

José.- ¿Por viejos, dices?

Remedios.- ¿Por qué otra cosa?

José.- Pues por... sabe. Por pura congoja.

Remedios.- Ya ni eso se me hace que nos queda.

José.- Si nos queda.

Remedios.- ¿Tú crees?

José.- ¿Y por qué otra cosa estamos aquí?

Remedios.- Pues sí.

José.- Si no tuviéramos esa ansia, pues ya nos hubiéramos ido.

Remedios.- ¿Pa dónde?

José.- Sabe.

Remedios.- Se me hace que yo sí sé.

José.- Se me hace que yo también.

José saca un cigarro tipo Delicados.

Remedios.- *(Sin verlo)* Te va a dar tos.

Escena VII

Los tres personajes cambian de posiciones. Tony está esposado, de frente a Heberto, que tiene la escopeta en la mano. Nico está detrás de Tony, como escoltándolo.

Heberto.- Creíste que iba a estar muy fácil, ¿Verdad? *(Pausa)* ¡Pues no!
¡Nosotros sí tenemos vergüenza!

Tony.- Hebert...

Heberto.- ¡Me llamo Heberto, cabrón!

Tony.- Esto no es necesario, bilivet...

Heberto.- ¿Qué es eso de bilivet? ¡¿Qué es eso de bilivet?!

Nico.- Que lo creas...

Heberto.- ¡Tú cállate el hocico, que también te va a cargar la chingada!

Nico.- ¿Lo vas a matar?

Tony.- Hebert...

Heberto.- (*Interrumpe*) Eso lo vamos a ver. Yo sí, yo sí le voy a dar la oportunidad de que se defienda, no como ellos.

Nico.- Demasiado rencor...

Heberto.- Bueno tú pues, ¿de qué lado estás?

Nico.- Ya, no digo nada...

Heberto.- (*A Tony*) A ver, tú... ¿Qué buscabas en mi país? (*A Nico*) Así dicen los pinchis gringos.

Tony.- También es mi país...

Heberto.- ¿De veras? No me hagas reír.

Nico.- Heberto, te propongo algo.

Heberto.- Espérate...

Nico.- Es una buena idea. Ven (*Lo aparta*).

Heberto.- ¿Qué traes?

Nico.- ¿Y si lo hacemos cruzar la frontera?

Heberto.- ¿Quieres que lo soltemos?

Nico.- No, para que vea lo que se siente. Has de cuenta que el va a pasar y que tú le preguntas.

Heberto.- No es mala idea.

Nico.- Pues órale.

Heberto.- ¡Órale!

Heberto va hacia Tony.

Heberto.- Mira, cabrón. Yo sí te voy a dar una oportunidad. Si logras pasar la aduana, te dejo ir, y ni pío a nadie.

Tony.- ¿Cuál aduana?

Heberto.- (A Nico) A ver, mi capitán, tome el arma y vigile desde allí. (Nico se aparta) Hemos tenido informes muy precisos de un complot contra nuestro país.

Heberto mueve un par de sacos de su trinchera, para marcar una garita.

Heberto.- (A Tony) Tú vienes de allá. Yo estoy aquí.

Tony le sigue el juego. Camina hacia la garita.

Heberto.- A ver, a ver. ¿De qué tipo de gringo eres?

Tony.- No soy....

Heberto.- ¡Valemadre que eres! Y tienes carita de Pocho. De esos que se van pa allá, hacen dinero y luego regresan, muy chingones ellos, en un pick-up a toda madre, pero ese sí, con un pinchi chiclote, una vieja gorda con una camiseta que se le ven todas las chichis y el bato con unas chingadas chanclas de hule; muy chingón él.

Tony.- ¿Entonces...?

Heberto.- Que no puedes venir a pie. Esos cabroncitos no pasan a pie, porque no vaya a ser que se...

Nico.- Ya, ¿no?

Heberto.- (A Tony) ¿Entendiste?

Tony.- Sí... Creo.

Tony toma un poco de distancia, y luego camina normal hacia la garita. Heberto lo ve de reojo.

Heberto.- ¡NO! ¡No entendiste ni madre! (A Nico) ¡Nico!

Nico.- ¡Dígame, mi capitán!

Heberto.- ¡General!

Nico.- ¡Ah chingado, ya me ascendieron!

Heberto.- ¡Yo, pendejo, yo soy el General!

Nico.- Ah... ¡Dígame mi General!

Heberto.- Demuéstrale aquí al gringo chafa este cómo se tiene que llegar.

Nico.- Ah cabrón. (Se acerca a Heberto. Le habla por lo bajo) ¿Cómo, eh?

Heberto.- ¡Chingado! ¡De plano no te mereces el grado de coronel! En este momento pasas a ser soldado raso.

Nico.- Pero eso es injusto...

Heberto.- ¡Así, cabrón, bueno para ni madre!

De pronto, Heberto finge como si fuera arriba de un carro, con sonido de motor incluido.

Heberto.- (A Nico) ¿Ya te quedó claro?

Nico.- Al que le tiene que quedar claro es al gringoprieto este.

Tony empieza a fingir como lo acaba de hacer Heberto.

Heberto.- Bien. (A Nico) Vigílalo.

Nico sube el arma, y le apunta todo el tiempo a Tony. Este llega a la garita.

Heberto toma actitud de oficial de migración.

Tony.- Buenos días...

Heberto lo ve de reojo, sin contestar el saludo, y con cara de perro guardián.

Heberto.- Sus documentos.

Tony hace la mímica de dárselos.

Heberto.- *(Le da un "zape" en la cabeza)* No sea chistoso. *(Sube la voz)* ¡Sus documentos!

Tony saca su cartera.

Heberto.- ¿¡Qué no sabe que tiene que traer sus documentos en la mano!?

Tony.- Sí, pero...

Heberto.- Usted está violando las leyes de este país.

Tony.- Perdón...

Heberto.- ¡Sus documentos!

Tony.- *(Le da la licencia de conducir)* Aquí tiene.

Heberto.- ¿Qué es esto?

Tony.- Mis documentos...

Heberto.- ¿Te estás burlando, o qué? ¡Yo para qué quiero la licencia de manejar!

Tony.- Pues es que no le entiendo...

Heberto.- ¿No habla español?

Tony.- Sí, pero...

Heberto.- *(Lo interrumpe)* ¿Y por qué habla español?

Tony.- Pues porque nací en México.

Heberto.- ¿Usted nació en México?

Tony.- Sí.

Heberto.- ¿Dónde está su acta de nacimiento?

Tony.- No la traigo conmigo.

Heberto.- ¡Usted me quiere engañar! ¡Sébase que las leyes de mi país son muy estrictas para los que quieren pasar sin papeles!

Tony.- Pero ya le mostré mis papeles.

Heberto.- (*Aventándole la licencia*) Esto no sirve...

Tony le da su identificación de agente de migración. Heberto la ve.

Heberto.- ¡Ah! ¡Usted trabaja en el departamento de migración!

Tony.- Sí...

Heberto.- ¿Y qué viene a hacer a México?

Tony.- Pues...

Heberto.- ¡Conteste!

Tony.- No sé...

Heberto.- (*Interrumpe*) ¿No sabe?

Tony.- A visitar a...

Heberto (*Interrumpe*) Su actitud es muy sospechosa. Nomás falta que me diga que viene de compras.

Tony.- Sí. Vengo de compras.

Heberto.- ¿Ah sí? ¿Y qué va a comprar?

Tony.- Pues...

Heberto.- A ver, a ver... No sabe, no sabe.

Tony.- ¡Pañales!

Heberto.- ¿Pañales?

Tony.- Pues sí.

Nico.- Pinchi gringo pendejo.

Heberto.- ¿Cuántos hijos tiene?

Tony.- No tengo.

Heberto. ¿Y va a comprar pañales?

Tony.- Pues sí... Para cuando los tenga.

Heberto.- Mira... Pues debido a la cantidad de pendejadas que dijo, y a que no trae documentos, no puede pasar.

Tony.- Pero nací en México. Soy mexicano.

Heberto.- Pero no trae el acta de nacimiento.

Tony.- Nadie anda con el acta de nacimiento pa arriba y pa abajo.

Nico.- (*Se acerca un poco*) Ponle una prueba.

Heberto.- (*Por debajo*) ¿Una prueba?

Nico.- Sí.

Heberto.- ¿Cómo de qué?

Nico.- No sé. Algo para saber si es mexicano.

Heberto.- Ándale.

Heberto se mete la mano a la bolsa del pantalón, y saca un chile serrano.

Heberto.- (*A Tony*) Abre la boca.

Tony.- ¿Que es eso?

Heberto.- ¿No los conoces? Y dices que eres mexicano.

Tony.- Sí los conozco, pero...

Heberto.- ¡Abre la boca!

Tony.- ¡Ya estuvo bueno de bromas!

Heberto.- ¡Nico!

Nico se acerca apuntándole a Tony.

Heberto.- ¡Pues yo no estoy jugando, así que o me enseñas tu visa o te vas a chingar a tu madre y a todas las putas madres de tu pinchi gobierno!

Tony.- ¡Voy a poner una queja diplomática!

Heberto.- ¡Pues mientras la pones, yo te voy a poner un madrazo!

Heberto le da otro “zape” en la cabeza.

Nico.- Psst. Heberto...

Heberto.- ¿Qué?

Nico.- Se te está yendo la mano...

Heberto.- ¡Ni madres! ¡Estos pinchis güeritos tienen que aprender a respetar! (A Tony) ¡Bájate del carro!

Tony “lo hace”.

Heberto.- ¡Sácale el dinero a tu cartera, y dámela!

Nico.- ¿Para qué?

Tony.- Hebert...

Heberto.- (Le da otro “zape”) No seas igualado, cabrón. ¡Dame la cartera!

Tony.- ¡Ya estuvo bueno!

Tony quiere avanzar un poco, pero Heberto, en lugar de un “zape”, le da un derechazo en la barbilla, que hace que Tony caiga al piso.

Nico.- Ahora sí valió madre. ¡Golpeaste a una autoridad, cabrón!

Heberto.- ¡Aquí la autoridad soy yo! (Se acerca a Tony) ¡Abre la boca, cabrón! (Tony lo hace. Heberto le mete el chile serrano a la boca y lo obliga a cerrar la mandíbula) ¡A ver si es cierto que eres mexicano!

Tony mastica el chile. Es evidente que no está acostumbrado. Intenta ponerse de pie, pero Heberto no lo deja.

Heberto.- ¡Ahora cántame el Himno Nacional!

Tony.- (*Cantando, como puede el himno nacional estadounidense*) O say, can you see, by the dawn's early lighth...

Nico.- ¡Gringo pendejo, ahora sí valió madre!

Heberto.- (*Le da otro golpe*) ¡Muy chistosito, cabrón!

Nico se acerca tarareando el Himno Nacional Mexicano.

Heberto.- (*A Nico*) No le soples...

Nico.- Es que me dio nostalgia.

Heberto. ¡Cántalo, cabrón!

Tony.- ¡¿Cómo empieza?!

Heberto.- ¿Ni eso sabes?

Nico.- ¿Le ayudamos?

Heberto.- Vales madre.

Tony.- Nomás dime como empieza.

Heberto.- ¿Cómo ves, compañero Nico?

Nico.- Pues yo creo que sí.

Tony.- Nomás el puro empiezo.

Nico.- Mexicanos...

Heberto.- (*Interrumpe*) ¡Ya!

Tony.- ¡Ah sí! (*Intenta cantar, con el chile en la boca*) Mexicanos... grito... guerra... el bridón... retiemble...la sierra...

Nico.- La tierra.

Heberto.- ¡¿Cuál sierra, pinchi gringo idiota, cual sierra?!

Tony.- ¡La sierra madre occidental!

Heberto.- Ya andas bien mariguano, como buen gringo.

Nico.- Eso sí calienta...

A Tony le da un ataque de tos, por aquello del chile. Cae al piso.

Heberto.- ¡Ahora nomás falta que hasta te mueras aquí!

Nico.- Heberto, se me hace que...

Heberto.- (*Interrumpe*) Así menos vas a pasar, hijo de tu malincha madre.

Nico.- ¡Te pasaste!

Tony.- (*Recuperándose, canta desafinado*) ¡Mexicanos al grito de guerra, el acero aprestad el bridó-on, y retiemble en sus centros la tierra...!

Heberto.- (*Remata la frase*) ¡... al sonoro rugir del cañón!

Los personajes se congelan por un momento. Sale luz de esa área. Heberto sale de escena. Tony se acuesta de costado, dando la espalda al público, y Nico se queda en un rincón.

Escena VIII

José y Remedios, en la misma posición.

José prende un cigarro tipo Delicados.

José.- Hasta me marié. Porque no veía bien por dónde iba.

Remedios.- Has de haber ido llorando.

José.- ¿Tú crees?

Remedios.- Pues sí.

José.- No creo.

Remedios.- Tú me dijiste.

José.- Ah. Pues entonces iba llorando.

Remedios.- Porque si no ibas llorando, pues entonces no se te puede quitar eso de que ibas llorando cuando viste aquella barbaridad... ¿Así dijiste la última vez?

José.- Sí.

Remedios.- O dijiste... monstruosidad.

José.- Sabe.

Remedios.- Burrada. A eso llega, cuando mucho.

José.- A lo mejor si no hubiera visto antes al Cochi agarrándole a la Elena.

Remedios.- ¿Qué no fue un beso nada más?

José.- Y luego la enchoyada... Y las lágrimas. Marranada, eso sí.

Remedios.- Cuéntame la marranada.

José.- Allí estaban. Los dos bichis. Y dale y dale.

Remedios.- ¿Pues no que nada más había sido una agarradita?

José.- Mi apá y su amá.

Remedios.- Eso es lo que me gusta.

José.- ¿Qué?

Remedios.- Que no haya sido el Cochi y la Elena.

José.- Marrana.

Remedios.- Si no que chiste. El Cochi y la Elena, hasta bonito. Pero el viejo y la Marrana, eso sí que me gusta.

José.- No tienes remedio.

Remedios.- ¿A poco no te gustó?

José.- Pues sí. Pero hubiera preferido que fueran el Cochi y la Elena.

Remedios.- Entonces sí hubieras guacareado.

José.- Está como que raro.

Remedios.- Además la Marrana estaba mejor que su hija.

José.- Más madura. ¿Cómo supiste?

Remedios.- De tanto oír.

José.- Pero ver a tu apá en esas cosas. Y ni siquiera con tu amá.

Remedios.- Eso debe ser pior.

José.- Ha de ser...

Pausa.

Remedios.- Ya me dieron ganas.

José.- ¿De qué?

Pausa.

Remedios.- De guacarear.

Pausa.

José.- El puro infierno.

Escena IX

Tony está acostado en el piso, de espaldas al público. Nico ve el horizonte, hacia los Estados Unidos.

Nico.- El puro infierno... Y hasta allá ellos... organizando la vida y la muerte...

Ja. Metidos en nuestras tierras como un quiste. Como una marca alarmosa...

Alarmosa... Alarmante... Como un taladro fatuo... El puritito...

Entra Heberto.

Heberto.- Ya fumaste esa mierda otra vez.

Nico.- ¿Eh?

Heberto.- (*Riéndose*) Como un taladro fatuo...

Nico.- ¿Qué te importa?

Heberto.- ¿Qué significa?

Nico.- ¿Qué?

Heberto.- Fatuo...

Nico.- Tú no sabes nada de poesía.

Heberto.- ¡Ah cabrón! Y tú sí.

Nico.- Ridículo.

Heberto.- ¡Ándale!

Nico.- Vanidoso. Irracional.

Heberto.- ¿De que chingados estamos hablando?

Nico.- Esto que estamos platicando, es fatuo.

Heberto.- Pues se me hace que no estoy de humor para estas platicuitas.

(*Pausa*) ¿Y el gringo?

Nico.- Durmiendo el sueño de los justos.

Heberto.- ¿Qué?

Nico.- Dormido.

Heberto.- ¿Pero no está muerto?

Nico.- A lo mejor.

Heberto.- ¿No te has fijado?

Nico.- No.

Heberto.- ¡Pues fíjate!

Nico.- ¿Y yo por qué?

Heberto.- ¡Porque es tu responsabilidad!

Nico.- Ni madres.

Heberto.- ¿Qué te dijo?

Nico.- ¿Quién?

Heberto.- El gringo.

Nico.- Nada. ¿A mí por qué?

Heberto.- Porque te quedaste cuidándolo.

Nico.- ¡Otra vez!

Heberto.- Que no es gringo.

Nico.- ¿Qué?

Heberto.- Eso dijo. Que no es gringo. Que no me confunda. Que a él no lo tengo que cazar.

Nico.- ¿Y tú le creíste?

Heberto.- Pues sí. No me quedaba de otra. O le creía, o le metía un pinchi tiro.

Nico.- ¡Si serás pendejo! ¡Te dejaste que un pinchi gringuito cagado te convenciera!

Heberto.- ¡Ya te quiero ver, cabrón joto!

Heberto se dirige a donde está Tony.

Heberto.- Hey tú, Gringoprieto.

Tony apenas se mueve.

Heberto.- ¡Despiértate! Verás, quiero que platiemos aquí con Nico. *(Pausa)*

¡Tony!

Tony se voltea con muchos trabajos. Tiene las manos esposadas.

Heberto.- ¡Mira nomás cómo se te pusieron las muñecas!

Nico.- Uta madre, sí que está feo.

Heberto.- Tráeme árnica, ándale, Nico.

Nico.- ¿Árnica?

Heberto.- Se las voy a aflojar tantito.

Nico.- ¡Aguas! ¡No se las aflojes, que así han empezado las grandes tragedias!

Heberto.- ¡Mira que cabrón! Ándale, trae la pomada esa.

Nico.- ¿Y de dónde la voy a sacar?

Heberto.- En el baño debe de haber.

Nico.- Y si se la pedimos a Clarita...

Heberto.- ¡Qué Clarita, ni qué Clarita! Ve tú, cabrón huevón.

Nico.- Pero a ella ya no le va a gustar.

Heberto.- Ya no está.

Nico.- ¿Qué?

Heberto.- ¿Qué estás sordo, o qué?

Nico.- ¿Ya no está?

Heberto.- Se fue.

Nico.- ¿A dónde?

Heberto.- (*Enfurecido*) ¡Si me vuelves a preguntar algo, te voy a dar un madrazo que te va a dejar más jodido que este Gringoprieto!

Nico.- Ya, pues, ya.

Heberto.- (*Patea a Tony, aunque se dirige a Nico*) ¡Chingada madre! ¡Uno tiene que decirles las cosas dos o tres veces, para que entiendan!

Nico sale haciendo una seña obscena. Heberto camina como león enjaulado para calmarse.

Heberto.- A ver, Gringoprieto, tú y yo vamos a platicar.

Heberto sienta a Tony, que está muy golpeado, aunque conciente. Incluso le pone algún saco de los de la trinchera u otro objeto disponible para sostenerlo.

Heberto.- Me voy a sentar aquí, junto a ti. Para que me oigas mejor.

Pausa breve, en la que Heberto ve hacia el horizonte.

Heberto.- Fíjate, mi Gringoprieto, que bonito está el día. Debe de ser domingo, porque tampoco hay mucho humo de carros. No sabes cómo se pone aquí entre semana con el humo de los carros... ¿O sí sabes?... Se me hace que sí sabes. Nada más que para ti ha de ser al revés: Los domingos terminas lleno de humo. Te suenas las narices, y te salen los mocos todos negros... Que chinga, ¿no? Pero ustedes tienen la culpa... ¿Qué chingada necesidad, pues, de hacerla tanto de pedo? Si se les quieren meter los terroristas, pues no van a pasar por aquí... ¿O sí? Yo digo que no. Porque esos batos viven bien. Se la pasan a toda madre... Me refiero a los terroristas, no a los gringos. Esos güeyes pudieran vivir a toda madre, pero como les gusta hacerse los sufriditos... ¡Hasta cónicos, los

cabrones! ¿Cómo ves?... No, pues tú que me vas a decir. Seguramente les lavan bien cabrón el coco cuando entran a trabajar allí, ¿no?... ¡Qué loco! Los convencen de que sus carnales son peligrosos para su pinchi vidita de hueva... Porque es de hueva, esa vidita de todo en su lugar. Ni un pinchi pelo se les ve fuera de su lugar... Eso sí, se traen un verdadero desmadre cuando vienen para acá. Allí andan, con sus chorcitos, con sus chingadas chanclas, y con sus pedas a todo lo que da. Está bien, uno no dice que no se diviertan, uno no dice que no gasten su lana acá, pero fíjate bien, Gringoprieto, fíjate bien la diferencia: Mientras ellos vienen a echar desmadres y nosotros ni siquiera les preguntamos a qué chingados vienen, nosotros vamos allá a gastar, a trabajar, a pagar impuestos, y ustedes arman un pedototote. ¡Ya ni la chingan!

Pausa.

Heberto.- ¿Sabes qué, Gringoprieto? Ando triste... Y no nomás por lo de Clara... Aunque no creas, eso también me pega, cabrón... Ando triste porque... (Se *interrumpe*) Oye, ¿tú crees que la convenza? Una vez ya se fue. Cuando yo me puse muy pendejo con lo de Elisita. (Sonríe *amargamente*) No me lo vas a creer, pero un gringo se llevó a Elisita. Un gringoprieto así como tú. De 20 años se fue. Y pues yo me puse muy loco, porque está cabrón. Clara me decía que Elisita se quería casar con el gringoprieto ese. ¡Pero cómo, dije yo, si es una niña!... Me acuerdo que a Clara se le llenaron los ojos de agüita, y muy bajito me dijo, para que mi niña no nos oyera... Pobrecita mi Clara... Estaba que se la llevaba el diablo... Me dijo: Si yo tampoco quiero que se case, pero de todos modos se va a ir... Déjala, Heberto. No nos queda de otra... Muy quedito me dijo esto último.

Y yo creía que sí, que sí me quedaba de otra, y era correr al gringoprieto ese... Lo corrí. Mi Elisita, por primera vez en su vida me grito. Se puso como loca... Se me hace que eso heredó de mí. Nada más eso, porque vieras que rebonita estaba... O está, más bien dicho. Ahorita debe tener como 25 años... Que tiene un hijo, me dijo Clara, y que es igualito a mí. Me quiso enseñar la foto, pero yo no quise. Ni modo que primero me ponga estricto, y luego caiga en esas cursilerías de fotitos, y pendejadas de esas. Sí uno es macho, pues se sostiene y punto. Nada de andar allí con cosas. Eso de que es igualito a mí, tengo mis dudas. Más bien se me hace que era una estrategia para que viera la foto... Estrategia... Qué bonita palabra... Pero no les funcionó. No vi la foto. Y eso que me las cambiaba seguido. Porque Clara se veía dizque a escondidas con Elisita... Pero yo sabía. Y ella sabía que yo sabía... Pues cómo no, si iba dejando un reguero de fotos nuevas por toda la casa. Una vez me la dejó en medio del recibo del agua, y pues la vi. Así de soslayo... sin querer, y pues sí, se parecía mucho a mí. (*A punto del llanto*) Clara me decía que ella no tenía la culpa. Yo le pregunté que si a quién se refería, a Clara, a Elisita, o a esa hija del demonio... Se volvió a ir. Duró como dos días. ¿Y sabes qué me dijo cuando regresó? Que había regresado nada más por esa hija del demonio, como yo le decía, para que cuando creciera no se enterara que el demonio era su abuelo... ¿Qué? Le dije, si tú no lo conociste... ¿O sí? ¿Conociste al papá del gringoprieto?... Fue la primera vez que Clara me alzó la mano...

Tony da un pujido. Heberto lo ve.

Heberto.- ¡Mira qué chingaderas te estoy contando! Vas a pensar que estoy loco. *(Lo ve y sonrío)* Fíjate que no me caes mal. Hasta eso. Te ves buena gente. Aunque quién sabe cómo seas allá, cuando estás trabajando. A lo mejor si Clara se enterara de todas las jodidas intimidades que te estoy contando, se encabronaría conmigo. *(Pausa breve)* Pinchi Nico, que no viene, pues... *(Otra pausa breve)* No tiene remedio.

Tony da otro pujido... Como que quiere decir algo, pero no puede. Heberto lo vuelve a ver.

Heberto.- ¿Qué? ¿Te duele? Pues claro, si estuvo buena la madriza. Ni modo, así es la vida... Pero ahorita que venga el Nico, vas a ver, te voy a untar la árnicica y por lo menos no te van a doler tanto los jodazos... *(Grita hacia dentro)* ¡Nico! *(Nadie responde)* ¡Nico! *(Nadie responde. Heberto se levanta con la escopeta en la mano)* No tiene remedio este cabrón... *(Va a salir, pero se detiene y se voltea hacia Tony. Heberto se ve destrozado, débil, a punto del llanto)* ¡Nadie tiene remedio ya! Ni Elisita, ni su gringoprieto, ni Clara, ni el Nico... *(Se acerca a Tony)* Ni yo, Gringoprieto. Yo también ya valí madre. ¡Qué cabrón! Y todo por mi buena voluntad... ¡Qué cabrón!

Heberto se voltea y camina rumbo a la casa. Cuando está a punto de salir de escena, se oye un quejido de Tony. Heberto se detiene. Lo voltea a ver, casi con ternura. Camina unos cuantos pasos hacia Tony.

Heberto.- Tienes razón, Gringoprieto. *(Se acerca más)* Tú tampoco tienes remedio.

Heberto levanta su escopeta y le dispara en la cabeza a Tony. Se ve un fogonazo que da pie al oscuro.

Escena X.

Remedios parece que duerme. José mira hacia el horizonte.

José.- ¿Te acuerdas cuando se nos puso muy malo?

Remedios.- *(Sin abrir los ojos)* ¿Quién?

José.- ¿Pues quién ha de ser?

Remedios.- Sí.

José.- Me dijiste que traía cara de juancito.

Remedios.- ¿Eso dije?

José.- Sí.

Remedios.- ¿Dije eso por no decir cara de ratoncito?

José.- Sí.

Remedios.- ¿Cómo sabes?

José.- Me acuerdo.

Remedios.- ¿Yo te dije?

José.- No. Se te notaba en la cara que querías ser buena gente conmigo.

Remedios.- *(Abre los ojos. Ve a José)* Por eso dije juancito.

José.- ¿Y yo nunca te dije?

Remedios.- ¿Qué?

José.- La cara que tú tenías...

Remedios.- No. *(Pausa)* ¿Qué cara tenía?

José.- Tenías cara de...

Pausa larga.

José.- No me acuerdo.

Pausa larga. Remedios se recarga cómodamente en su poltrona. Cierra los ojos.

Remedios.- Pensé que se iba a morir.

José.- Yo no...

Remedios.- Piensas poco.

José.- Sí...

Remedios.- Mejor...

José.- ¿Crees?

Remedios.- Sí.

José.- ¿Hubiera sido mejor?

Remedios.- Yo creo que sí.

José.- De todos modos lo perdimos.

Remedios.- El puritito infierno.

Pausa larga. José saca un cigarro y se lo da a Remedios. Ella lo prende. Le da una bocanada larga a su cigarro. Mientras lentamente se hace

OSCURO FINAL

Esta obra se escribió con el apoyo del Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico del Fondo Especial para la Cultura y las Artes de Baja California en su emisión 2004-2005.